

en el salón de antigüedades. El salón de antigüedades y el despacho del marqués, «constituían, como él decía, la parte seria de la casa.» En el despacho todo era de roble mate; nada, absolutamente nada, de oro; madera y sólo madera. Vegallana tenía en mucho la seriedad de su despacho; nada más serio que el roble para casos tales. La «sobriedad del mueblaje» rayaba en pobreza.

—¡Mi celda!—decía el marqués con afectación.

Daba frío entrar allí y Vegallana entraba pocas veces. De las paredes del *salón de antigüedades* pendían tapiques más ó menos auténticos, pero de notoria antigüedad.

Era lo único que al capitán Bedoya le parecía digno de respeto en aquel museo de trampas, según su expresión. El marqués tenía la vanidad de ser anticuario por su dinero; pero le costaba mucha plata lo que resultaba al cabo obra de los *truqueurs*, palabra del capitán. El implacable Bedoya, asiduo tertulio de la marquesa, compadecía á Vegallana y hasta le despreciaba; pero por no disgustarle, no había querido darle pruebas inequívocas de una triste verdad, á saber: que sus muebles Enrique II del salón de antigüedades, eran menos viejos que el mismo marqués. Éste los tenía por auténticos, por coetáneos del hijo del rey caballero; los había comprado él mismo en París!... Pues Bedoya, al que le aducía este argumento en casa de Vegallana, le llamaba aparte, y sin que nadie los viera, subía con él al segundo piso; se encerraba en el salón de antigüedades, y con el mismo sigilo de ladrón con que sacaba libros del casino, se dirigía á una silla Enrique II, le daba media vuelta, buscaba cierta parte escondida de un pié del mueble; allí había hecho él varios agujeros con un cortaplumas y los había tapado con cera del color de la silla; quitaba la cera con el cortaplumas, raspaba la madera y...

¡oh triunfo! ésta no se deshacía en polvo; saltaba en astillas muy pequeñas, pero no en polvo.

—¿Ve Vd.?—decía Bedoya.

—¿Qué?

—La madera es nueva; si fuese del tiempo que el marqués supone, se desharia en polvo; la madera vieja siempre deja caer el polvo de los roedores: eso lo conocemos nosotros, no los aficionados, que no tienen más que dinero y credulidad; esto es *truquage*, puro *truquage*!

Ponía la cera en los agujeros, dejaba la silla en su sitio, y descendía triunfante diciendo por la escalera.

—¡Con que ya ve Vd! Sólo que al pobre marqués, por supuesto, no hay que decirle una palabra!

Mucho sintió Paco Vegallana en el primer momento, encontrar en su casa á Obdulia aquella tarde. No estaba él para bromas. Las confidencias de don Álvaro le habían enternecido, y su espíritu volaba en una atmósfera ideal; aquel airecillo romántico le hacía en las entrañas sabrosas cosquillas, más punzantes por la falta de uso. Pocas veces se hallaba él en semejante disposición de ánimo.

Obdulia y Visitación, desde la ventana de la cocina que daba al patio, les llamaban á grandes voces, riendo como locas.

—Aquí! aquí! á trabajar todo el mundo!—gritaba Visita chupándose los dedos llenos de almíbar.

—¿Pero qué es esto, señoras? ¿No estaban Vds. en casa de Visita preparando la merienda?

Visita se ruborizó levemente.

Se celebró á carcajadas el chasco que se llevaría el pobre Joaquinito Orgaz, que había ido á *caza* de Obdulia...

Obdulia lo explicó todo. En casa de Visita faltaban los moldes de cierto flan invención de la difunta doña Agueda Ozores; además, el horno de la cocina no tenía

tanto hueco como el de la cocina de la marquesa; en fin, no le adornaban otras condiciones técnicas, que no entendían ellos. Vamos, que ni los emparedados, ni los flanes, ni los almibares se habrían podido hacer en la cocina de Visita, y sin decir ¡agua va! habían trasladado su campamento á casa de Vegallana.

La idea les había parecido muy graciosa á Obdulia y á Visita. Habían sorprendido á la marquesa que dormía la siesta en su gabinete. Salvo el haberla despertado, todo le había parecido bien. Y sin moverse había dado sus órdenes.

—A Pedro (el cocinero), á Colás (el pinche) y á las chicas, que ayuden á estas señoras y que vayan por todo lo que necesiten.

Y doña Rufina, volviéndose á las damas, había dicho sonriente:

—Ea; ahora fuera gente loca; á la cocina y dejadme en paz.

Y se había enfrascado en la lectura de *Los Mohicanos* de Dumas.

Visita hacía muy á menudo semejantes irrupciones en casa de cualquier amiga. Ella entendía así la amistad. Pero si su cocina era infernal! La chimenea devolvía el humo; no se podía entrar allí sin asfixiarse, ni en el comedor, que estaba cerca. Pocos vetustenses podían jactarse de haber visto ni el comedor ni la cocina de Visita. Y eso que tenía tertulia, y se representaban charadas y se corría por los pasillos. Pero ella cerraba ciertas puertas para que no pasase el humo; y decía señalando á los estrechos y oscuros pasadizos:

—Por ahí corran Vds. lo que quieran, loquillas, pero nadie me abra esa puerta.

Toda su prodigalidad de señora que recibe de confianza, se reducía á entregar vestidos y pañuelos de estambre, todo viejo, para que los *pollos* de imaginación se disfrazasen de mujeres ó de turcos. Aquellas

prendas se depositaban en una alcoba donde había una cama de excusa, pero sin colchón ni ropa; con las cuerdas al aire. Aquel era el vestuario de los actores y actrices de charadas. Se vestían todos juntos porque todo se ponía sobre el propio traje. Además Visita no alumbraba el cuarto, ¿para qué? Desde la sala se oía á lo mejor, detrás de las cortinillas de tafetán verde:

—Pepe, que le doy á Vd. un cachete.

—Hola, hola, eso no estaba en el programa...

—Niños, niños, formalidad.

—¿Por qué no les da Vd. una luz, Visita?

—Señores, porque esos locos son capaces de quemar la casa...

—Tiene razón Visita, tiene razón—gritaban desde dentro Joaquín Orgaz ó el Pepe de la bofetada.

Donde Visitación demostraba su intimidad con los amigos, su franqueza y trato sencillísimo, era en casa de los demás. Allí hacía locuras.

Hablaba mucho, á gritos, con diez carcajadas por cada frase. Se le había alabado su aturdimiento gracioso á los quince años, y ya cerca de los treinta y cinco aún era un torbellino, una cascada de alegría, según le decía en el álbum Cármenes el poeta. Lo que era una catarata de mala crianza, según doña Paula, la madre del Provisor, que nunca había querido pagarle las visitas. Pero catarata, cascada, torbellino, todo lo era con cuenta y razón. Su aturdimiento era obra de un estudio profundo y minucioso: se aturdió mientras su ojo avizor buscaba la presa... algún dije, una golosina, cualquier cosa menos dinero. Creía, ó mejor, fingía creer, que las cosas no valen nada, que sólo la moneda es riqueza.

—Señora, le debo á Vd. dos cuartos de la limosna que dió Vd. por mí el otro día.

—Deje Vd., Visita, vaya una cantidad... no me avergüence Vd.

—No faltaba más!... Tome Vd... ¡Y qué alfiletero tan mono!

—No vale nada.

—¡Es precioso!

—Está á su disposición.

—No me lo diga Vd. dos veces...

—Está á su disposición... ¡vaya una alhaja!

—¿Sí? Pues me lo llevo... mire Vd. que yo soy una urraca...

Y sí que era una urraca, como que así la llamaba doña Paula: la urraca ladrona.

Donde hacía estragos era en los comestibles.

Llegaba á casa de una vecina riendo á carcajadas.

—¿Sabes lo que me pasa? Nada, que no parece; hemos perdido la llave del armario ó de la alacena... y aquí me tienes muerta de hambre. Á ver, á ver, dame algo, socarrona; ó meriendo, ó me caigo de hambre.

Dos veces á la semana se jugaba en su casa á la lotería ó á la aduana. Se dejaba un fondo para una merienda en el campo; se nombraba una comisión para que lo preparase todo. Sus miembros eran invariablemente Visita y un primo suyo. Visita, por economía, y porque le daba asco el pastelero y el confitero, fabricaba por su cuenta, y bajo su dirección, los hojaldres, los almibares, todo lo que podía hacerse en su cocina. Después resultaba que en su cocina no se podía hacer nada. ¡El pícaro humo! El casero, que no ensanchaba el horno... ¡diablos coronados! Dios la perdonara.

El caso es que recurría en el apuro á la cocina de Vegallana, ú otra de buena casa, las más veces á aquella. Allí se hacía todo. Visita disponía de los criados del marqués; previo el consentimiento del cocinero, por lo que respecta á la cocina, sacaba algunas provisiones de la despensa; mandaba á la tienda por azúcar, pasas, pimienta, sal, ¡diablos coronados! si el señor Pedro no abría los cajones de sus armarios: que

viniera todo lo que se necesitaba. «¿Dinero? Deje usted, ahí tengo yo cuenta.» Después todo aquello aparecía en la cuenta del marqués. Equivocaciones; como habían ido sus criados á comprar... Se comía la merienda. En la primera noche de tertulia se hacían los comentarios.

—Visita, ¿qué tal, nos hemos empeñado?

—Poca cosa... un piquillo...

—Pues á ver, á ver, que se pague.

—Nada más justo.

—Á escote.

—Dejen Vds.; ¿se quieren Vds. callar? No se hable de eso, no merece la pena.

Visita tenía principio para algunas semanas y posres para meses. Su esposo era un humilde empleado del Banco, pero de muy buena familia, pariente de títulos. Si Visita no se ingeniara ¿cómo se mantendría aquel decente pasar que era indispensable para continuar siendo parientes de la nobleza?

Cuando Visitación era soltera, se dijo—¡de quién no se dice!—si había saltado ó no había saltado por un balcón... no por causa de incendio, sino por causa de un novio que algunos presumían que había sido Mesías. Todas eran conjeturas; cierto nada. Como ella era algo ligera... como no guardaba las apariencias...

Ya nadie se acordaba de aquello; seguía siendo aturdida, tenía fama de golosa y de *gorrona*—según la expresión que se usaba en Vetusta como en todas partes—pero nada más. Era insoportable con su alegría intempestiva; mas en materia grave, en lo que no admite parvedad de materia, nadie la acusaba, á lo menos públicamente. Por supuesto, que no se cuenta tal ó cual descuidillo...

Era alta, delgada, rubia, graciosa, pero no tanto como pensaba ella; sus ojos pequeñuelos que cerraba entornándolos hasta hacerlos invisibles, tenían cierta

malicia, pero no el encanto voluptuoso por lo picante, que ella suponía. Al tocarla la mano cuando no tenía guante, notaba el tacto el pringue de alguna golosina que Visita acababa de comer.

Don Alvaro en el seno de la confianza hablaba con desprecio de Visitación y hacía gestos mal disimulados de asco. Aseguraba que tenía un pié bonito y una pantorrilla mucho mejor de lo que podría esperarse; pero calzaba mal... y enaguas y medias dejaban mucho que desear... ya se le entendía. Y solía limpiar los labios con el pañuelo después de decir esto.

Paco Vegallana juraba que usaba aquella señora ligas de balduque, y que él le había conocido una de bramante. Todo esto, por supuesto, se decía nada más entre hombres, y habían de ser discretos.

Los bajos de Obdulia, en cambio, eran irreprochables; no así su conducta: pero de esto ya no se hablaba de puro sabido. Ella, sin embargo, negaba á cada uno de sus amantes todas sus relaciones anteriores, menos las de Mesía. Eran su orgullo. Aquel hombre la había fascinado, ¿para qué negarlo? Pero sólo él. Era viuda y jamás recordaba al difunto; parecía la viuda de Alvarito; «era su único pasado!»

Aquella tarde estaban guapas las dos; era preciso confesarlo. Por lo menos Paco Vegallana lo confesaba ingenuamente. Y sin que renunciara á consagrar el resto del día al idealismo, en buen hora despertado por las relaciones de su amigo, consintió el marquesito en pasar á la cocina de su casa, á oler lo que guisaban aquellas señoras.

En la cocina de los Vegallana se reflejaba su positiva grandeza. No, no eran nobles tronados: abundancia, limpieza, desahogo, esmero, refinamiento en el arte culinario, todo esto y más se notaba desde el momento de entrar allí.

Pedro, el cocinero, y Colás, su pinche, preparaban

la comida ordinaria, y parecía que se trataba de un banquete. Por toda la provincia tenía esparcidos sus dominios el marqués, en forma de arrendamientos que allí se llaman caseríos, y á más de la renta, que era baja, por consistir el lujo en esta materia en no subirla jamás, pagaban los colonos el tributo de los mejores frutos naturales de su corral, del río vecino, de la caza de los montes. Liebres, conejos, perdices, arceas, salmones, truchas, capones, gallinas, acudían mal de su grado á la cocina del marqués, como convocadas á nueva Arca de Noé en trance de diluvio universal. Á todas horas, de día y de noche, en alguna parte de la provincia se estaban preparando las provisiones de la mesa de Vegallana; podía asegurarse.

Á media noche, cuando los hornos estaban apagados y dormía Pedro, y dormía el amo, y nadie pensaba en comer, allá á dos leguas de Vetusta, en el río Celonio velaba un pobre aldeano tripulando miserable barca medio podrida y que hacía mucha agua. Debajo de peñón sombrío, que como torre inclinada amenaza caer sobre la corriente, y hace más oscura la oscuridad del río en el remanso, acechaba el paso del salmón, empuñando un haz de paja encendida, cuya llama se refleja en las ondas como estela de fuego. Aquel salmón que pescaba el colono del magnate á la luz de una hoguera portátil era el mismo que ahora estaba sangrando, todo lonjas, esperando el momento de entregarse á la parrilla, sobre una mesa de pino, blanca y pulcra.

También de noche, cerca del alba, emprendía su viaje al monte el casero que se preciaba de regalar á su *señor* las primeras arceas, las mejores perdices; y allí estaban las perdices, sobre la mesa de pino, ofreciendo el contraste de sus plumas pardas con el rojo y plata del salmón despedazado. Allí cerca, en la despensa, gallinas, pichones, anguilas monstruosas, ja-

mones monumentales, morcillas blancas y morenas, chorizos purpurinos, en aparente desorden yacían amontonados ó pendían de retorcidos ganchos de hierro, según su género. Aquella despensa devoraba lo más exquisito de la fauna y la flora comestibles de la provincia. Los colores vivos de la fruta mejor sazonada y de mayor tamaño animaban el cuadro, algo melancólico si hubiesen estado solos aquellos tonos apagados de la naturaleza muerta, ya embutida, ya salada. Peras amarillentas, otras de asar, casi rojas, manzanas de oro y grana, montones de nueces, avellanas y castañas, daban alegría, variedad y armoniosa distribución de luz y sombra al conjunto, succulento sin más que verlo, mientras al olfato llegaban mezclados los olores punzantes de la química culinaria y los aromas suaves y discretos de naranjos, limones, manzanas y heno, que era el blando lecho de la fruta.

Y todo aquello había sido movimiento, luz, vida, ruido, cantando en el bosque, volando por el cielo azul, serpeando por las frescas linfas, luciendo al sol destellos de todo el iris, al pender de las ramas, en vega, prados, ríos, montes... «¡Indudablemente Vegallana sabía ser un gran señor!» pensaba suspirando Visita, que soñaba muerta de envidia con aquella despensa, exposición permanente de lo más apetecible que cría la provincia.

El marqués sonreía cuando le hablaban de ampliar el sufragio. «Y qué? no son casi todos cosecheros míos? no me regalan sus mejores frutos? Los que me dan los bocados más apetitosos me negarán el voto insustancial, *flatus vocis?*»

El ajuar de la cocina abundante, rico, ostentoso, despedía rayos desde todas las paredes, sobre el hogar, sobre mesas y arcones; era digno de la despensa; y Pedro altivo, displicente, ordenaba todo aquello con voz imperiosa; mandaba allí como un tirano. Comía lo

mejor; mantenía las tradiciones de la disciplina culinaria; vigilaba el servicio del comedor desde lejos, pues no era un cocinero vulgar, egida sólo de pucheros y peroles, sino un capitán general metido en el fuego y atento á la mesa. No era viejo. Tenía cuarenta años muy bien cuidados; amaba mucho, y se creía un lechuguino, en la esfera propia de su cargo, cuando dejaba el mandil y se vestía de señorito.

Colás era un pinche de vocación decidida, colorado y vivo, de ojos maliciosos y manos listas. Los dos personajes, á más de la robusta montañesa que tenía á su servicio Visita, ayudaban á las damas en su tarea. Pedro, sin dejar lo principal, que era la comida de sus amos, colaboraba sobriamente. Había empezado por tolerar nada más aquella irrupción de la merienda. La cocina daba espacio para todo; aquello no valía nada, y otorgó el cocinero su indispensable permiso con un desdén mal disimulado. Poco á poco pasó del estado de tolerancia al de protección: primero se rebajó hasta dar algunos consejos á la montañesa, después le dió un pellizco. Se animó aquello.

—Colás, ponte á la disposición de esas señoras — dijo Pedro con voz solemne.

Porque el mandato de la marquesa no había bastado; el pinche obedecía á Pedro y Pedro á su deber. Si la marquesa le hubiera exigido algo contrario á sus convicciones de artista no hubiese conseguido más que su dimisión. Era su lenguaje. Leía muchos periódicos antes de convertirlos en cucuruchos.

Cuando Obdulia, picada por la frialdad del altivo cocinero, comenzó á seducirle con miradas de medio minuto y algún choque involuntario, Pedro se rindió, y de rato en rato daba algunos toques de maestro á la merienda de Visita.

Llegó á más; quiso enamorar á doña Obdulia con pruebas de su habilidad, y acudía siempre que se

presentaba una cuestión teórica ó una dificultad práctica.

- «¿ Qué se echa ahora ?
- »¿ Qué se tuesta primero ?
- »¿ Cuántas vueltas se les da á estos huevos ?
- »¿ Cómo se envuelve esta pasta ?
- »¿ Lleva esto pimienta ó no la lleva ?
- »¿ Será una indiscreción poner aquí canela ?
- » El almíbar ¿ está en su punto ?
- »¿ Cómo se baten estas claras ?»

Á todo dieron cumplida respuesta la inteligencia y habilidad de Pedro. Cuando no bastaba una explicación, ponía él la mano en el asunto y era cosa hecha.

Obdulia, que había aprendido en Madrid de su prima Tarsila á premiar con sus favores á los ingenios preclaros, á los hijos ilustres del arte y de la ciencia; no de otro modo que la tarde anterior había vuelto loco de placer y voluptuosidad al señor Bermúdez, en premio de su erudición arqueológica, ahora vino en otorgar fortuitos y subrepticios favores al cocinero de Vegallana con miradas ardientes, como al descuido, al oír una luminosa teoría acerca de la grasa de cerdo; un apretón de manos, al parecer casuales, al remover una masa misma, al meter los dedos en el mismo recipiente, v. g. un perol. El cocinero estuvo á punto de caer de espaldas, de puro goce, cuando, por motivo del punto que le convenia al dulce de melocotón, Obdulia se acercó al dignísimo Pedro y sonriendo le metió en la boca la misma cucharilla que ella acababa de tocar con sus labios de rubí (este rubí es del cocinero.)

Al personaje del mandil se le apareció en lontananza la conquista de aquella señora como una recompensa final, digna de una vida entera consagrada á salpimentar la comida de tantos caballeros y damas, que gracias á él habían encontrado más fácil y provocativo el camino de los dulces y sustanciales amores.

Pedro llegó á donde pocas veces; á consentir que las criadas de la casa intervinieran en los asuntos de los negros pucheros de hierro. Él amaba á la mujer, á todas las mujeres, pero no creía en sus facultades culinarias; otro era su destino. La cocina y la mujer son términos antitéticos, que había aprendido esto en sus cucuruchos de papel impreso. La libertad y el gobierno son antitéticos, había leído en un periódico rojo, y aplicaba la frase á la cocina y á la mujer. Lo que pensaba todo Vetusta de las literatas, lo pensaba Pedro de las cocineras. Las llamaba marimachos.

Si se le decía que los cocineros son más caros y gastan más, respondía:

—Amigo, el que no sea rico que no coma.

Por lo demás, él era socialista, pero en otras materias.

Cuando entraron en la cocina los señoritos, Pedro volvió á su continente habitual, al gesto displicente que usaba con las criadas y con los *caseros* que traían las provisiones desde la aldea, remota á veces. El fogón era un dios, y él su Pontífice Máximo; los demás sacrificaban en las aras del fogón y Pedro celebraba misteriosamente y en silencio. Volvió á su gesto desdenoso, porque así entendía el respeto á los amos. Apenas contestaba si le hablaban. No tardó en ver por sus ojos que *la donna è mobile*, como cantaba él á menudo. Obdulia, en cuanto entraron los otros, le olvidó por completo. ¡ Antes había olvidado á don Saturnino que yacía en «el lecho del dolor» con sendos parches de sebo en las sienas, entregado al placer de rumiar los dulces recuerdos de aquella tarde arqueológica!

La conversación de metafísica erótica que Mesía y Paco acababan de dejar, no les permitía, al principio, participar de aquel entusiasmo gastronómico y culinario á que estaban entregadas las damas. Verdad es